

Inteligencia pública

Juan Gérvas

Médico general. Equipo CESCA. Madrid

INTELIGENCIA RACIAL

Tenemos tendencia a valorar como mejor lo propio. Es justo y necesario, pues de esa forma se contribuye a dar cohesión a la *tribu*, al grupo al que pertenecemos. Lo peligroso es que ese sentimiento de sobreestima de lo propio se haga a costa de lo ajeno; es decir, del desprecio de lo extraño. Ahí acaban muchos nacionalismos, por ejemplo. Y con ello empezó la eugenesia científica del siglo XIX. Todo giró en torno a la genética y al concepto de raza. Los autores de las publicaciones eran de raza blanca, y naturalmente ésta era la más inteligente y evolucionada, la que había que mejorar y proteger de contaminaciones. Es el *racismo científico*, que produjo textos como "Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas", en 1855. El inglés Francis Galton diseñó una escala de inteligencia racial en cuya cima situaba a los atenienses de la Grecia clásica y en el puesto inferior a los aborígenes australianos.

—¿Tendrá algo que ver esa clasificación con la prohibición de matrimonios inter-raciales?

—No sé. Pero estoy seguro de que ese pensamiento influyó en que los aborígenes no consiguieran la ciudadanía australiana hasta hace unos pocos años. Hubo quien los consideraba casi animales.

—¿Qué dijo Rudyard Kipling al respecto?

—Kipling perteneció a ese movimiento, que contaminó la ciencia durante un siglo. Kipling escribió sobre "las razas inferiores y sin ley" y sobre la misión civilizadora del hombre blanco.

—¿Crees que hoy las cosas son muy distintas?

—Por desgracia, no. Por ejemplo, observa lo que dicen muchos políticos y profesionales sanitarios respecto a los inmigrantes y su bajo nivel de "desarrollo cultural". Da miedo. Observa y analiza la información que se difundió, por ejemplo, sobre el SARS, según se tratara de la afectación canadiense o vietnamita. Lo han estudiado unos

sociólogos de Alicante y espanta el racismo que destila, lo mismo el tratamiento en prensa que en algunos ambientes científicos.

En el siglo XIX se prohibieron los matrimonios inter-raciales en 38 estados de Estados Unidos y en 1925 permanecía tal legislación en 28 estados. Naturalmente, en el siglo XXI las cosas son más sutiles, pero las cuestiones permanecen. Ahora vuelve de nuevo a empujar con fuerza la genética y la búsqueda de la mejora de la raza. No se dice así, pero se trabaja así. Por ejemplo, mediante la selección del sexo del futuro hijo. O mediante la elección del color de los ojos. Incluso en persecución de la mejor inteligencia a partir del semen de premios nobeles. Quimera. Quimera peligrosa.

El movimiento científico eugenésico y racista del siglo XIX contribuyó a crear un caldo de cultivo que justificó la explotación colonial brutal de los siglos XIX y XX. Y fue teoría que llevó casi directamente al nazismo y a su programa de mejora de la raza "aria" en el que perecieron millones de minusválidos psíquicos y físicos, judíos, comunistas, gitanos, homosexuales, republicanos españoles y demás *gente rara*. La genética sin control lleva a monstruosidades y hoy en día la genética empieza a desarrollarse de nuevo en estos frentes de *mejora de la raza*, tan peligrosos.

PÚBLICO Y PRIVADO

Parece que hubiera una oposición irreconciliable entre lo público y lo privado. Hay quien ve a lo público con la aureola de lo caballero, fundado en la búsqueda del bien común, frente a lo servil e interesado del escudero que representa la búsqueda del beneficio personal. Es la interpretación de Julian Le Grand, de la Escuela de Economía de Londres. En el extremo opuesto se encuentra la práctica política del liberalismo ultramontano, bien representado por Margaret Thatcher, que

ve a lo público como el colmo de la ineficiencia y una traba para el desarrollo económico. En la persecución de lo público sus políticas llevaron la pobreza y la desigualdad a un Reino Unido que ha tardado décadas en recuperarse del desastre económico consecuente.

—¿Va de economía?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Sigue leyendo, impertinente.

Probablemente la verdad en el dilema entre público y privado se encuentra en algún punto entre ambas posturas, dependiendo de la situación y del problema considerado. Por ejemplo, las fuerzas del mercado no son capaces de organizar un sistema sanitario que cubra a toda la población, por más que tal sistema contribuya decididamente al desarrollo económico. En este sector se precisa la organización pública. Pero, ¿cuánto debería lo público *pesar* en lo sanitario?

En otro ejemplo, la producción industrial se controla mal por lo público, como bien demuestra el fracaso de la planificación en los países comunistas, pero ¿no se precisa de lo público para el fomento y regulación, por

ejemplo, de la investigación que asegura el desarrollo industrial a largo plazo?

En el debate entre público y privado hay exceso de ideología *creyente*, de ideología sin fundamento científico. En general lo privado tiene mayores posibilidades, pues el interés egoísta personal mueve montañas (y leyes). Lo público se vuelve débil frente a lo privado. A los pobres, a los que no somos poderosos, nos conviene un sector público fuerte, una defensa cerrada del bien común. Pero es importante tener en cuenta las situaciones y los problemas. Para decirlo claramente: conviene un sistema sanitario público que asegure a toda la población, pero no está claro que convenga la atención por médicos funcionarios públicos.

—¡Acabáramos! ¡Estás con uno de tus *clásicos*!

—Sí, reafirmo mis deseos de contar con un sistema sanitario público en el que los médicos generales seamos profesionales independientes con una lista de pacientes a los que atender. Financiación pública y provisión privada en atención primaria. Una buena combinación.

Correspondencia: jgervasc@meditex.es